Marcelino Darío Mora Gómez

El viaje del escriba

El viaje del escriba
Marcelino Darío Mora Gómez

Editado por:
PUNTO ROJO LIBROS, S.L.
Cuesta del Rosario, 8
Sevilla 41004
España
902.918.997
info@puntorojolibros.com

Impreso en España
ISBN: 978-84-17415-14-3

Maquetación, diseño y producción: Punto Rojo Libros
© 2018 Marcelino Darío Mora Gómez
© 2018 Punto Rojo Libros, de esta edición

Quedan rigurosamente prohibidas, sin la autorización por escrito de los titulares del copyright, bajo las sanciones establecidas por las leyes, la reproducción parcial o total de esta obra por cualquier medio o procedimiento, comprendidos la reprografía y el tratamiento informático, y la distribución de ejemplares de esta edición mediante alquiler o préstamos públicos.

ÍNDICE

1..... 9

2..... 19

3..... 29

4..... 39

5..... 59

6..... 69

7..... 85

8..... 95

9..... 107

10..... 125

El viaje del escriba

1

Una escurridiza gota de sudor viajó por el valle de mi entrecejo, desde algún poro de mi cabeza rasurada, hasta la comisura izquierda de mi boca aportando un agrio sabor salino a la pesada tarde que estábamos atravesando.

Aquel día hacía un calor insoportable, sentía los divinos rayos solares penetrando en mis sienes como espadas ardientes, tan solo la tímida brisa escurriéndose entre las palmeras y el sonido de las aves punzando el cielo conseguían apaciguarme.

—¡Presta más atención Meník! No estás describiendo uno de tus cuentos marineros. Se trata de plasmar los acontecimientos importantes de tu faraón. ¡Los trazos menos inclinados! —sentenció el maestro escriba.

—Sí, maestro. Es este calor pegajoso, no me deja pensar con claridad.

—Anda, corre a refrescarte y aclara las ideas. Pero regresa de inmediato, no vayas a hacer lo de siempre.

Mi nombre es Meník y era aprendiz de escriba del templo de Amón en la monumental ciudad de Gizeh, aunque acudía a mis clases sin demasiado entusiasmo. Por supuesto, no regresé aquel día a mi pupitre.

Yo prefería pasar el tiempo en la orilla de poniente del fecundo río Nilo sentado bajo mi techo roído por los atardeceres fabri-

cado con un trozo de lona gruesa, soportada a su vez por cuatro varas desiguales, que cuidaba como si fuese mi más preciado tesoro; no en vano pasé muchas horas bajo su protección anclado a la arena y buscando con la mirada el horizonte donde se perdía el río. Ansiaba reconocer un mástil rompiendo el peso del día y escuchar a lo lejos palabras marineras, gritos, carcajadas, órdenes concretas de atraques portuarios... Ponía toda mi atención al oír los relatos de los navegantes que llegaban a mi ciudad contando las maravillas de oriente, las historias de mil batallas y aventuras de las que me hacía partícipe poniéndome en la piel de cada uno de ellos mientras escuchaba atentamente con los ojos cerrados.

Mis deseos se tornaron realidad, pues aquel día arribó lentamente una nave oronda y oscura con la vela plegada y a golpe de remo, de las que solían estar tripuladas por los famosos navegantes cananeos: se trataba de una nave fenicia.

La nave se acercó cadenciosa hacia los embarcaderos de poniente donde atracaban las que provenían del puerto de Tanis, previo pago del tributo que daba derecho a navegar por el Nilo. Inmediatamente hubo una inundación de hombres y niños desarrapados al acecho de un puesto en el muelle para descargar las mercancías que estaban a punto de llegar, mercancías que llegarían junto con el aroma a mar abierto que traían los fenicios.

El revuelo se hacía cada vez más ruidoso y pronto comenzaron a surgir las primeras riñas por ser el primero en las filas de descargue, ya que desde el último cargamento de piedra que llegó de las tierras bajas habrían pasado dos o tres semanas. Con ese cargamento llegaron también algunos guerreros nubios, verdaderos colosos de ébano que integraban la fuerza de choque del ejército del faraón, obsesionado últimamente con reforzar la seguridad del país.

Estaba ansioso por ver a esos marinos que se acercaban portando sus preciosas mercancías. ¿Qué traerían consigo esta vez? ¿Acaso joyas y vestidos elaborados en oriente para las concubinas reales? ¿Sabroso salazón y negro vino de la lejana Tartessos, especias, baratijas de vidrio o acaso tinajas rebosantes de aceite de la Magna Grecia?

El colosal pez de madera atracó frente a mis ojos oscureciendo con su sombra a la gente que seguía imponiéndose a codazos los unos contra los otros. Por fin pude ver a la tripulación de la nave y a primera vista parecía estar compuesta por gentes de diversa procedencia. Algunos de ellos parecían fenicios, a juzgar por sus cómodas ropas para navegar y sus sombreros puntiagudos, pero pude reconocer también hombres de otras tierras, como el guerrero griego que saltó a tierra en primer lugar. Fue fácil reconocer su procedencia puesto que llevaba encima su reluciente traje de combate: casco con su correspondiente penacho, brazaletes, grebas, la espada pegada a una cadera y el enorme escudo a la otra. Si también hubiera visto su lanza erguida habría pensado que no venía en son de paz. También pude ver a un tripulante de tez morena, no muy alto, que portaba una especie de vestido corto de color ocre, ceñido por un ancho cinturón de piel de vaca. Lucía una negra melena rizada recogida en su base por un anillete dorado, al estilo de los habitantes de iberia.

Pero quien más llamó mi atención, fue un tipo que parecía oriundo de la lejana Persia, puesto que de su alargada y angulosa cara sobresalía una espesa barba achotada, además de estar cubierto hasta los pies por una túnica de color azul intenso bordada con motivos orientales en hilo de plata, que cubría lo que parecía un más que delgado cuerpo. No fue solo su aspecto lo que me hizo mirar hacia él, también parecía que se trataba de alguien importante, pues todos se dirigían a él con respeto. Pasó toda la tarde sentado en la popa sin parar de tomar notas en una tablilla que apoyaba en sus rodillas y supervisando las ordenes de descargue.

—¡Cuidado con esa mercancía, chusma asquerosa! ¡esa madera de cedro vale más que todos vosotros juntos! —gritó el persa, levantándose de su asiento.

—Tranquilízate un poco, Agames, esas vigas pesan demasiado para tratarlas como flores recién cogidas —le respondió un hombre fornido y cubierto de canas, que a todas luces parecía el capitán de la nave.

—No me digas cómo debo hacer mi trabajo, y mucho menos cómo tratar a esta escoria nauseabunda. No he pasado dos meses

en este horrible barco cuidando de los intereses de mi rey para que ahora lo destrocen todo estas cucarachas.

—Pues ayúdales tú mismo, si así quedas más tranquilo.

Agames, el persa malhumorado se dirigió lentamente hacia el hombre que tenía ante sí, agarró su brazo derecho y le habló la con voz algo más pausada:

—Te respeto más que a nadie de la tripulación, sabio Gorgias, pero no deberías contradecirme delante de estos egipcios. Quién sabe si dentro de poco serán esclavos de mi rey... ¡que se vayan acostumbrando a mis órdenes! —Dio media vuelta sobre sí mismo y volvió a su asiento con media sonrisa en la cara.

El día pasó entretenido con los azarosos trasiegos de la nave hasta que el sol enrojeció el cielo de Gizeh, iniciando su lento viaje por el mundo subterráneo donde mantendría una vez más su lucha contra los innumerables peligros nocturnos.

Comencé a estirar todos y cada uno de los miembros de mi cuerpo, y fue en ese instante cuando me di cuenta de que era el único ser vivo que quedaba frente a la nave fenicia. Ya todos se habían ido, toda la mercancía había sido descargada y llevada a los almacenes reales mientras yo soñaba bajo mi ajado techo. Comencé a plegarlo y a sacudir la arena de mis sandalias, cuando algo llamó mi atención desde la nave. Alguien asomaba la cabeza desde el interior, girándola hacia ambos lados una y otra vez, hasta que salió completamente y comenzó a bajar por una escalera de cuerda intentando hacer el menor ruido posible. Llevaba puesta una túnica de color oscuro con una capucha que cubría su cabeza, y esto, además del sigilo de sus movimientos, me hizo pensar en que quería pasar inadvertido.

Escondí mi toldo bajo la arena y me decidí a seguirlo intentando que no se diese cuenta de ello dejando siempre una distancia prudencial entre nosotros, parándome en las esquinas y cambiando de extremo en las calles que andábamos y que cada vez se oscurecían más para mimetizarse con la noche.

El intrigante encapuchado se detuvo varias veces buscando con la mirada lo que debía ser su destino, que no debía de tener

del todo claro puesto que tuvo que preguntar a varias personas que le indicaban siempre dirección hacia el centro de la ciudad.

Llegamos por fin al lugar que buscaba mi perseguido: *La Casa de la Cerveza*. Aquel era un local popular, aunque de dudosa reputación. Las fuentes no oficiales decían de él que era una tapadera donde se llevaban a cabo todo tipo de conspiraciones y que últimamente se habían visto por allí algunos peces gordos compartiendo bebida y confidencias.

El encapuchado se disponía a abrir la puerta cuando, justo entre mis piernas se enroscó un gato negro haciéndome caer hacia atrás, y en aquel instante, el oscuro personaje giró la cabeza sin soltar la aldaba de la puerta, fijando en mí una mirada tan penetrante y felina que me paralizó durante varios segundos. Fue entonces cuando pude ver su rostro: era el persa quien se escondía bajo aquella túnica oscura y a quien había estado siguiendo todo el rato.

Finalmente apartó la mirada y entró en el local dirigiéndose hacia una mesa donde le esperaba alguien que le hacía la señal de sentarse junto a él. Tragué saliva lentamente al tiempo que maldecía para mis adentros al inoportuno animal que tenía entre mis pies. Los gatos son considerados sagrados en el país donde tenía puestas mis posaderas y no está permitido infringirles castigo alguno, así que lo aparté suavemente y me acerqué a la ventana del local para intentar descubrir alguna otra pista.

La Casa de la Cerveza estaba iluminada con un puñado de teas que imprimían una acogedora iluminación en la estancia haciendo brillar los rostros de las personas que bebían y hablaban amigablemente. Las gentes que charlaban frente a las jarras espumosas reían a grandes carcajadas y lanzaban gritos que rebotaban en las paredes del local formando una mezcla de sonidos guturales que hacían del todo imposible captar palabra alguna. El dueño de la casa repartía platos de comida y jarras rebosantes entre las pequeñas mesas hechas con troncos de palmera, mientras resoplaba constantemente ante la pasividad de los clientes que no hacían muestra alguna por facilitarle el paso, seguían departiendo alegremente ausentes al agobio del pobre mesonero.